

INTRODUCCIÓN

Es innecesario subrayar hasta qué punto la relación entre España y las regiones vecinas del Norte de África ha quedado profundamente marcada por la historia. Ello ha sido probablemente lógico e inevitable cuando la geografía constituye un vínculo de aproximación tan poderoso. Con frecuencia, los marroquíes, con un punto de ironía, al aludir a nuestra interrelación secular dicen que España y Marruecos tienen "una historia común poco común". La frase es lacónica pero expresiva y la brevedad de la mención rehúye deliberada y púdicamente definir la complejidad de nuestro lazos históricos.

Es reveladora, a estos efectos, la comparación con Francia. El "love affair" francés con el Norte de África es intenso pero comparativamente reciente. Si la penetración francesa en Argelia comienza en 1830, sólo 50 años más tarde se extiende a Túnez. En cuanto a Marruecos, conviene recordar que a principios de este siglo la presencia británica era, por razones de índole estratégica (Gibraltar) y comercial, más relevante probablemente que la francesa. Fue después del incidente de Fashoda y la Entente Cordiale (1902) cuando se zanjaron las incipientes rencillas coloniales y Londres acepta la afirmación de la influencia francesa en la orilla sur del Estrecho y su hinterland a cambio del reconocimiento por París de la política de manos libres en Egipto para la Gran Bretaña.

Frente a este siglo de intensa y fecunda implantación francesa en el Magreb, la vieja historia común de "moros" y españoles se pierde en la noche de los tiempos. Los siglos de presencia del Islam en Iberia aportan un componente esencial al ser español. Así lo cantó en versos coloristas el más andaluz de los hermanos Machado, Manuel: "soy como aquellas gentes que a mi tierra vinieron, soy de la raza mora vieja amiga del sol, que todo lo ganaron y todo lo perdieron, tengo el alma de nardo del árabe espa-

ñol". En efecto, árabes y españoles, a través de los tiempos hemos sido, sucesivamente, invasores e invadidos, vencedores y vencidos. La civilización árabe llegó probablemente a su apogeo en España. Más tarde el refinamiento de El Andalus influyó a su vez extraordinariamente en los modos de vida el arte y la cultura de nuestros vecinos del Sur.

Pero junto a las prolongadas épocas de convivencia o coexistencia se dieron también con frecuencia tiempos de enfrentamiento. Como las Cruzadas que, por los caminos del otro extremo de Europa, buscaron, en cruento y, al final, inútil guerrear, arrancar los Santos Lugares del dominio infiel, la Reconquista española, nuestra Cruzada particular, ha quedado también como símbolo de la oposición entre la Cruz y la Media Luna, entre la Cristiandad y el Islam o, en términos de hoy, entre Oriente y Occidente. Las percepciones recíprocas, víctimas de la violencia del enfrentamiento, han llegado hasta nuestros días gravemente deformadas. La imagen del "otro" ha quedado dañada de forma que a veces parece irremediable. Los avatares de nuestra historia más reciente (Tetuán, 1860; las campañas del Rif en el primer tercio de siglo; Annual, Alhucemas; la Marcha Verde años más tarde) han dejado huellas profundas en el imaginario de españoles y marroquíes. Los condicionamientos de la historia han determinado hasta épocas recientes las actitudes de los gobernantes, y sobre todo los reflejos y percepciones de las poblaciones, en mayor medida en España que en el resto de los países europeos.

Por todo lo anterior no cabe sorprenderse de que en tiempos ya actuales, tras la Segunda Guerra Mundial, cuando la generalidad de los responsables políticos y los estrategas militares de las potencias occidentales concedían plena prioridad a la vigilancia de la frontera oriental de nuestro Continente, España, fiel a sus reflejos históricos, siguió prestando una atención preponderante a la frontera meridional. La región del Magreb recibe relativamente poca atención por parte de los países europeos, si exceptuamos el caso de Francia, hasta la década de 1980. Son los años en que el fundamentalismo afgano, iraní y sudanés y los riesgos de su extensión a otros países árabes dan la señal de alerta. En efecto, el fracaso en estos países de las experiencias políticas de cuño liberal-democrático, de corte nacionalista o de socialismo de Estado, modelos todos ellos imitados de Occidente, convence a una generación de líderes políticos y espirituales de que hay que buscar nuevos caminos en la fe tradicional del Islam. Por si hiciera falta otro ingrediente adicional, la derrota del pueblo árabe a manos de la pequeña nación israelí aporta una humillación suplementaria. Se abre paso la convicción de que sólo el regreso a la fe

de los antepasados y el sometimiento de la vida oficial y privada del Estado a la fe religiosa pueden devolver el esplendor del pasado y sus viejas glorias militares a las naciones del Islam. La caída del muro de Berlín y el desmembramiento del imperio soviético acelera el proceso descrito. Es ahora la frontera meridional de Europa, es decir el Mediterráneo y el Oriente Medio, lo que constituye la preocupación principal del Occidente y muy especialmente de los países que componen la Comunidad Europea.

Si los responsables políticos son plenamente conscientes de las implicaciones de la nueva situación y de la urgencia en ponerles remedio, analistas en temas de geopolítica, estrategas militares, especialistas académicos y escritores contribuyen con sus llamadas de alerta a la percepción de las nuevas realidades. Por la influencia que tuvieron, cabe citar algunos de los que más han contribuido a definir el nuevo panorama internacional y los riesgos resultantes de la radicalización del Islam. El americano Huntington, quizá el analista que mayor eco y preocupación suscitó con su obra en el mundo occidental, desarrolla en sus escritos e intervenciones públicas el tema de la inevitabilidad del choque de civilizaciones que va a sustituir a las rivalidades y barreras ideológicas prevaletantes a lo largo del siglo XX y muy especialmente en la época de la guerra fría. El francés Gilles Kempel pone de relieve que el fracaso de las sociedades laicas para dar respuesta a los interrogantes o aspiraciones de orden espiritual provoca una vuelta a los valores tradicionales y, en suma, a los "fundamentos" de una religión desprovista de toda hojarasca y añadidos seculares. Es, nos dice Kempel, "La Revancha de Dios", título de su libro más conocido. Tal razonamiento resulta especialmente aplicable a los acontecimientos del mundo islámico donde los factores de orden político presentes en la revolución iraní de 1979 se superponen al redescubrimiento de la religión como razón última y fuente de inspiración esencial de la organización del estado y de la conducta social e individual. En otro agudo ensayo, el escritor francés describe la convivencia difícil en Francia y Gran Bretaña de masas de población musulmana provenientes de sus antiguas colonias que se resisten a la asimilación, tradicional en otros tiempos, y que buscan a través de la acción política y el enfrentamiento social el reconocimiento de su diferencia. En el mismo libro (Al Oeste de Alá) Kempel examina las raíces y características del radicalismo negro en Estados Unidos y el uso que ha hecho de una religión, el Islam, que no era en origen la suya pero que adoptan como símbolo y estandarte de su lucha con la civilización occidental. Por citar finalmente a otro escritor que nos ha dado páginas brillantes sobre la misma problemática, Naipaul, indo-británico originario de

Trinidad, explora el resurgir del Islam desde el ángulo del escritor viajero y en un espléndido libro, "Entre los creyentes" nos muestra a la vez la amplitud del fenómeno y los límites de las respuestas adoptadas para corregir los males del mundo musulmán.

Los países de Occidente no tardaron en reaccionar ante la nueva situación. Si nos ceñimos a la Europa Comunitaria conviene recordar que a partir de los años 80, Bruselas se esfuerza en dar un contenido más amplio a la incipiente Política Mediterránea establecida en el anterior decenio. La adhesión de España, Grecia y Portugal a la CEE aumenta la sensibilidad europea con relación a los problemas de la zona. Ya durante la primera presidencia española de la CEE, en 1989, abogamos con firmeza acerca de la necesidad de enfocar con mayor ambición y generosidad las relaciones con los países mediterráneos y especialmente con el Magreb. En 1990 se aprobó una "Política Mediterránea Renovada" que, de todas formas, era apenas una nueva versión, con algunos retoques más o menos afortunados, del esquema anterior. De hecho los nuevos planteamientos se quedan a mitad de camino y son claramente insuficientes para dar una respuesta a los problemas de la zona. España con otros países del sur de Europa fue protagonista destacado en los debates de Bruselas sobre la problemática euro-mediterránea. En la Conferencia de Lisboa de 1992 se sientan las bases de una futura asociación entre las naciones al Norte y al Sur del Mare Nostrum, y durante los tres años siguientes se avanza considerablemente en determinados aspectos de los esquemas proyectados, especialmente en los de tipo financiero y comercial (Consejos de Corfú, Essen y Cannes) hasta que, de nuevo bajo presidencia española, se celebra en Barcelona, noviembre de 1995, la Conferencia Euro-Mediterránea. Los objetivos que allí se establecen y los instrumentos que se adoptaron dan una nueva ambición, horizontes más amplios y estructuras mejor definidas a las viejas fórmulas imaginadas trabajosamente en el pasado por los sucesivos ejecutivos comunitarios en la capital belga.

Las diversas contribuciones recogidas en este volumen tienen como objetivo ayudar a conseguir una visión clara y precisa, en lo posible, del panorama actual en el Magreb y de las fuerzas profundas que van a determinar probablemente su evolución en el primer decenio del nuevo siglo. El Grupo de Trabajo se ha fijado un horizonte temporal de diez años. En primer lugar, porque parece un período razonablemente cercano como para hacer predicciones con un mínimo de validez. También porque en el año 2010 serán plenamente aplicables los Acuerdos de Asociación que diversos países de la zona están firmando con la Unión Europea. Dichos Acuer-

dos, negociados en el marco de los esquemas creados en Barcelona, deben contribuir grandemente al desarrollo económico y social de aquellos países y a su aproximación en todos los órdenes al mundo occidental.

Los autores de los trabajos que forman los seis capítulos del libro son especialistas con amplia experiencia en los temas tratados. Todos ellos han expresado libremente sus opiniones, y la discusión de dichos temas y el intercambio de opiniones en numerosas sesiones colectivas han permitido, en mi opinión, asegurar el necesario grado de coherencia y unidad. Se ha evitado con ello repeticiones y solapes innecesarios aunque, en determinados casos, se han mantenido deliberadamente tratamientos superpuestos sobre algunos puntos de especial relevancia. Esta aparente duplicidad, cuando alguna vez se dé, no sólo no disminuye la claridad o el valor del conjunto de la investigación, sino que, por el contrario, la enriquece y le da mayores matices.

Dentro del término "Magreb" se han incluido cinco países, los del núcleo central, Túnez, Argelia y Marruecos, más los dos periféricos, Libia y Mauritania. Tal selección es naturalmente convencional y discutible y, por supuesto, sólo existe una relativa uniformidad que pueda justificar la inclusión de los cinco países en un grupo común.

La presentación del conjunto de los países del Magreb corre a cargo de la profesora de la Universidad Autónoma de Barcelona, Laura Feliú, que sitúa y describe la inserción de los mismos en el panorama internacional reciente (lo que ella llama la post-guerra fría) desde el ángulo de la geopolítica. Los dos siguientes capítulos del volumen recogen también análisis globales de la región con estudios singularizados de cada uno de los países que la componen. La investigación de carácter socio-económico ha sido responsabilidad del profesor de Economía de la Universidad Autónoma de Madrid, D. José M.^a Mella, mientras que la descripción de las estructuras políticas de aquellos países ha correspondido a D. Miguel Hernández de Larramendi, arabista y Director de la Escuela de Traductores de Toledo. En las reflexiones que se recogen al principio de estas breves páginas de introducción, se ha hecho referencia una y otra vez a los problemas que, aun hoy en día, suscitan en las percepciones recíprocas las contingencias de las relaciones históricas entre el mundo occidental y los países islámicos. Por ser éste un factor determinante en la formación de las opiniones públicas y obstáculo, con frecuencia, en la acción de los gobiernos, se le ha consagrado un capítulo entero, obra del escritor y periodista especializado en temas magrebíes, D. Domingo del Pino. Por la

muy especial relación que tiene Marruecos con España y por la complejidad de dicha relación ha parecido conveniente dar a este país un tratamiento aparte con un estudio de carácter global cuyo autor es el Profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, D. Bernabé López García. El capítulo final se ha reservado a la exposición de la respuesta que la Europa Comunitaria, y con ella España, está dando a los retos de la zona en el marco de la Asociación Euro-Mediterránea creada en Barcelona. Su autor es el Embajador D. Pedro López Aguirrebengoa, que durante los últimos años ha seguido, dentro del Ministerio de Asuntos Exteriores, el desarrollo del Diálogo Euro-Mediterráneo post-Barcelona.

A cualquier observador medianamente advertido le resulta evidente la oportunidad y actualidad del trabajo colectivo que hoy se da a la luz en este volumen. No hace falta recordar, por ejemplo, los muy relevantes acontecimientos ocurridos en Marruecos en los últimos tiempos. Desde las elecciones de 1997 que dieron el poder por primera vez tras la independencia a una coalición de partidos democráticos hasta el fallecimiento de Hassan II y su sucesión por su hijo Mohamed VI en julio de este año de 1999. En los breves meses de su reinado el nuevo monarca marroquí ha dado ya pruebas manifiestas de su talante aperturista y de sus deseos de modernizar y desarrollar su país. También la nueva situación en Argelia y el retorno al poder y a la acción política del veterano Buteflika han merecido una atención particular de la Comunidad Internacional que quiere atisbar en los primeros pasos dados por el nuevo Presidente el comienzo del final de la tragedia argelina. Con esperanza cabe observar, igualmente, la evolución última de las actitudes libias. En conjunto el panorama de la región se presenta más alentador que en épocas todavía recientes. Confiamos en que trabajos posteriores sobre el Magreb, región que sin duda ha de continuar ocupando la atención del Instituto Español de Estudios Estratégicos confirmen esta visión esperanzadora.

EL COORDINADOR DEL GRUPO DE TRABAJO